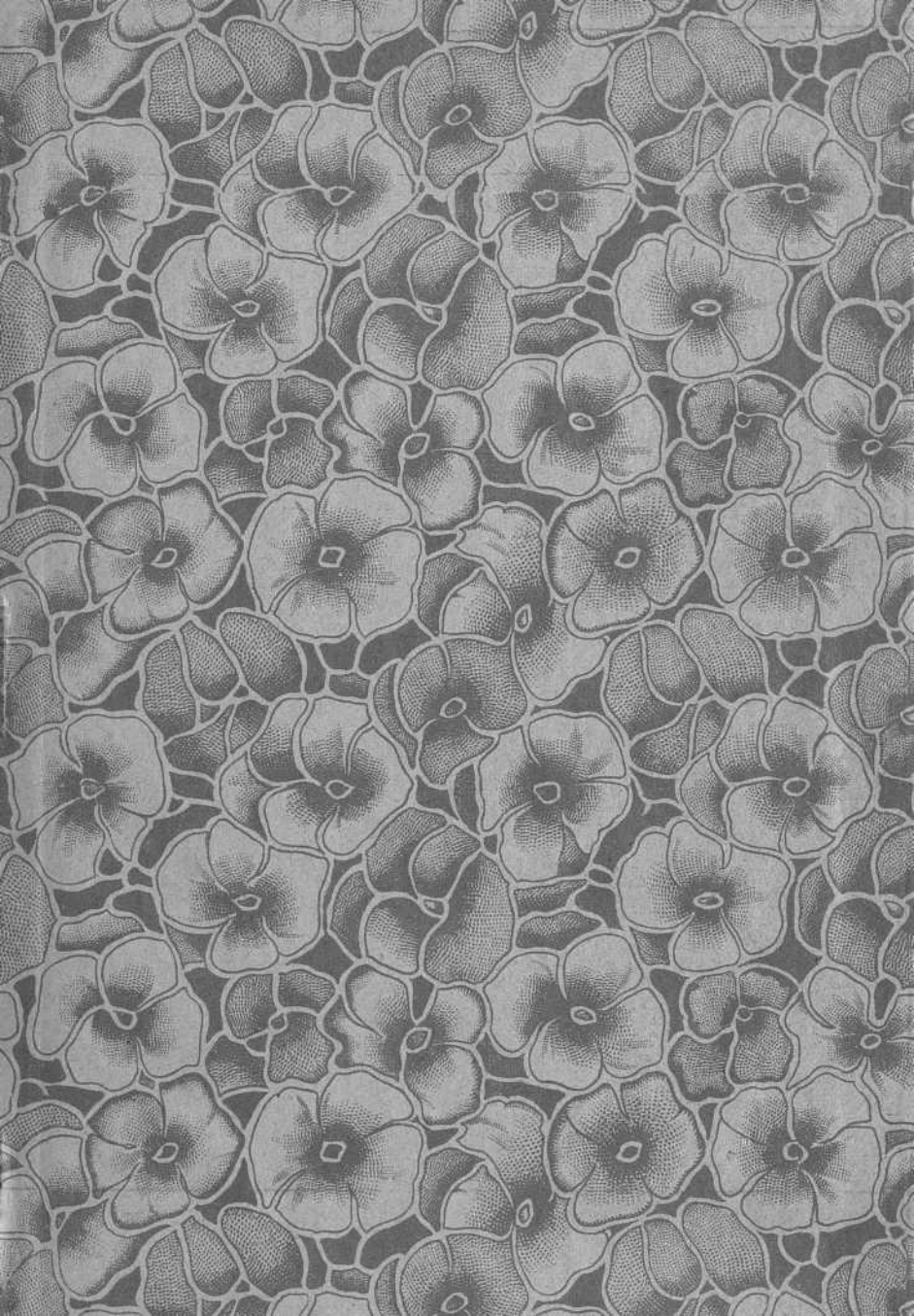


8.

BIOGRAFIA





BIOGRAFIA.

DEL CÉLEBRE

MATADOR DE TOROS

MANUEL DOMINGUEZ,

por

D. R. G.



SEVILLA.

IMPRESA DE LA V. DE GOMEZ ORO, Y SANTIGOSA, C.^ª.

CALLE DE LOS COLCHEROS, NÚMS. 26 Y 27.

1858.

BIOGRAPHIA

OF THE

MEMBERS OF THE

ROYAL SOCIETY

D. R. G.

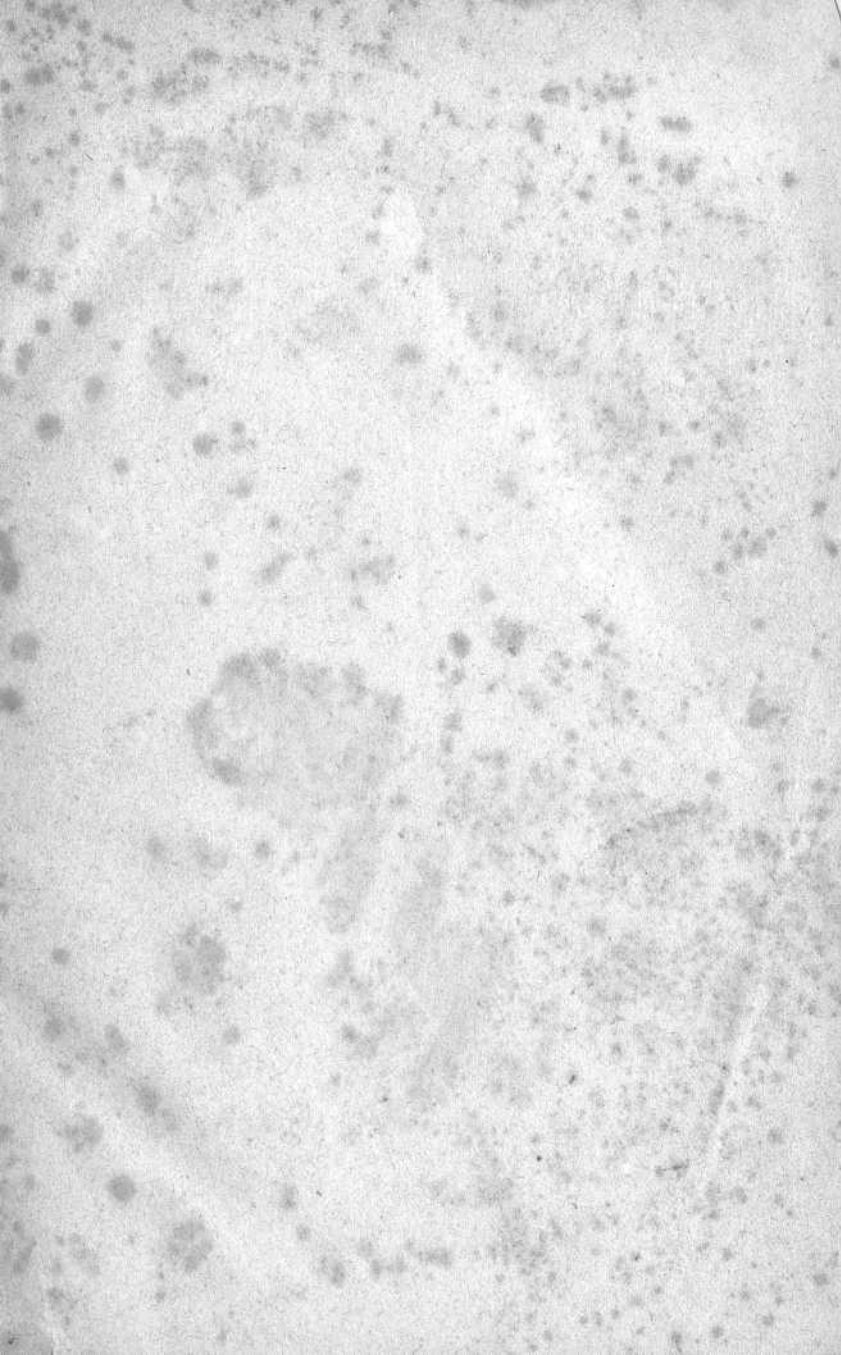


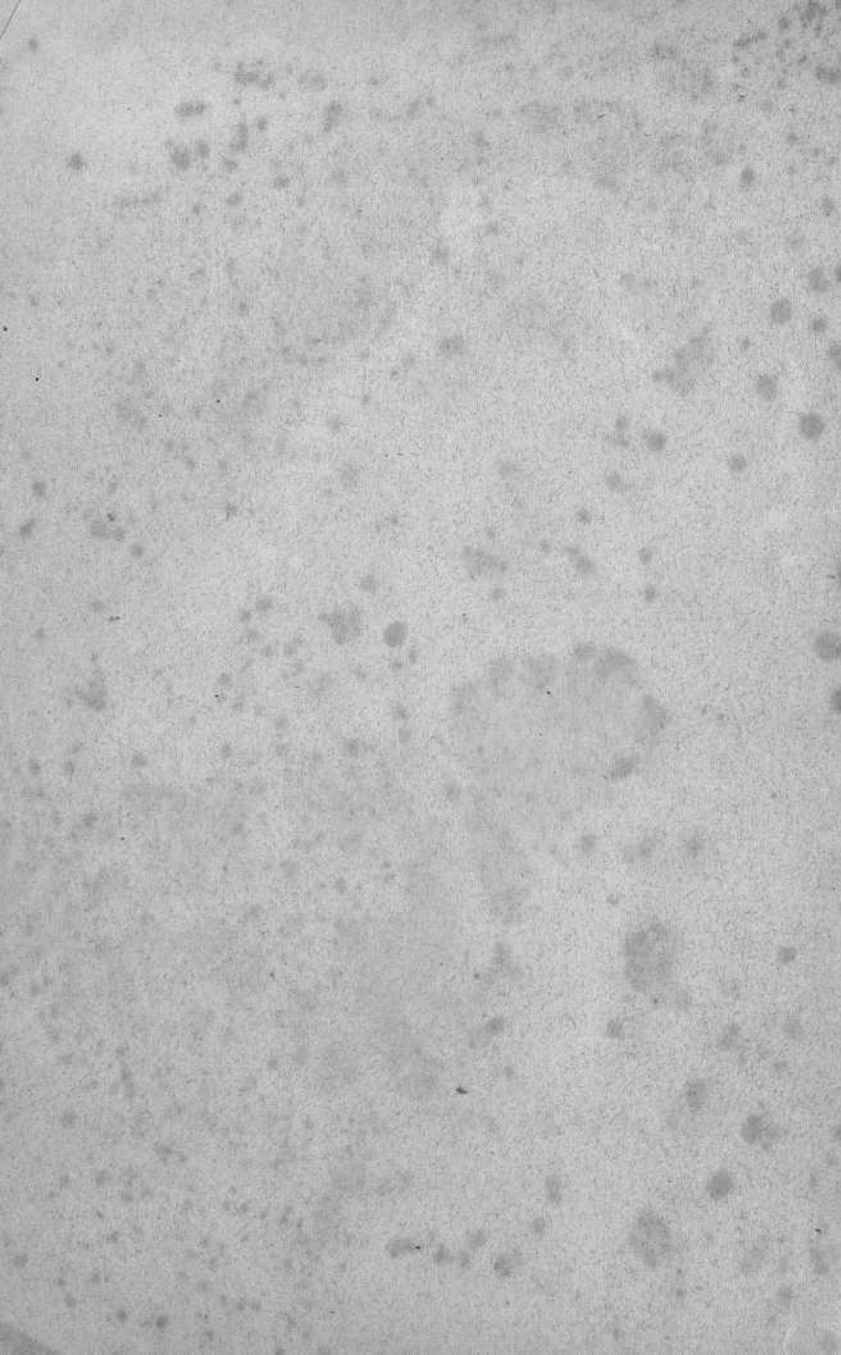
BY

JOHN W. DEWEY, LL.D.,

LIBRARIAN OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

1884







El diestro Tauromaco



Lit. C. Santigosa, Seo.

MANUEL DOMINGUEZ.

BIOGRAFIA

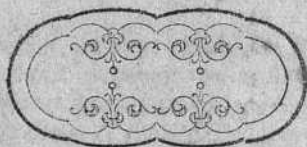
DEL CÉLEBRE

MATADOR DE TOROS

MANUEL DOMINGUEZ,

por

D. R. G.



SEVILLA.

IMPRESA DE LA V. DE GOMEZ ORO, Y SANTIQUOSA, C.^a

CALLE DE LOS COLCHEROS, NÚMS. 26 Y 27.

1858.

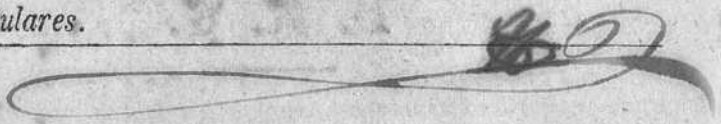
BIOGRAFIA

DE LOS REYES

DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

DE LOS REYES

*Es propiedad de su autor, el que denunciara como
furtivo todo ejemplar que carezca de su rùbrica y señas
particulares.*



PRÓLOGO DEL AUTOR.

Al llevar á cabo el pensamiento de escribir la biografía de Manuel Domínguez, únicamente me guía el objeto de complacer á infinidad de amigos, á quienes he leído los apuntes que por mera curiosidad conservaba sobre la historia de dicho torero, á quien nunca he tratado; pero sí he conocido la mayor parte de sus acaecimientos.

Como aficionado á las funciones taurómacas, procuro de este modo prestar animación á ese arte; que por mucho que algunos estrangeros lo califiquen de perjudicial, y otros preocupados lo crean propio de pueblos incivilizados, yo lo miro siempre como un símbolo característico de nuestro país, pues cada uno tiene el suyo.

Es una fiesta nacional, en la que nada hay de impropio, de ridiculo, ni desnaturalizado; y aunque no es esta la ocasión mas oportuna para estenderme acerca de las condiciones del toreo, voy á hacer algunas observaciones á los críticos sobre este punto.

Los adelantos de este arte, logran que cada dia sean menos las desgracias de la lidia. La perfección á que aspira dará por resultado que el peligro no sea un fantasma, y se le mire con indiferencia cuando las reglas sean leyes fijas. Por otra parte, si dirigimos una ojeada á los hipódromos de Francia y á las luchas gimnásticas de Inglaterra y otras naciones que llevan la fama de la ilustración, notaremos que en aquellas diversiones pública acontecen mas desgracias y son mas irremediables, porque en ellas no hay el objeto del arte torero, que es la conservación, sino el esfuerzo de la destrucción.

¿Y en qué se fundan mas los que reprueban las corridas de toros? En suponer que perjudican á la agricultura; sin considerar

que la favorecen de varios modos; que es una especulacion como otra cualquiera y que los caballos que mueren en las plazas son generalmente inútiles para el trabajo. A esto se reduce la pérdida que mas lamentan, y el público sabe lo poco que se pierde.

Creo que el objeto de esta publicacion servirá de estímulo á los diestros, pues así son conocidas del público, de una manera estensa, las cualidades, série de adelantos, y hechos mas notables del que merezca una biografía en vida; y creo tambien que la historia, costumbres y demás circunstancias del hombre público, será un medio justo mas de la general simpatia, siempre que ellas sean dignas de mencion, y se escriban con la imparcialidad que yo verifico la presente, teniendo el placer de dedicarla al público Sevillano, que ha de juzgarla con la benevolencia que le distingue, y que desde luego conocerá mis buenos deseos.



BIOGRAFIA.



El día 27 de Febrero de 1816, á la hora en que las campanas de la antigua iglesia parroquial de la villa de Gelves daban el toque de oraciones, varios vecinos del pueblo penetraban en dicho templo, que guarda gloriosas memorias por ser fundacion de los ilustres duques de Alba.

En la capilla bautismal de esta iglesia se celebraba en aquel acto el primero y mas apacible de nuestros Sacramentos. El Sr. cura D. Antonio de Burgos, deramaba de su concha el agua purificadora sobre la tierra cabeza de una criatura nacida en aquel dia, á quien se le daba el nombre de Manuel Maria Antonio, hijo legitimo de Cristóbal Dominguez y Rosalia de Campos, vecinos de aquel pueblo.

Los padrinos, Antonio Garrido y Josefa Gonzalez, su muger, honrados labradores del mismo, con dulce y re-

ligiosa fé unian sus ruegos á los del venerable sacerdote, que en tan sublimes instantes, pedia al Todo-poderoso por la felicidad futura del recién nacido.

En este momento dá principio nuestra historia, porque tal se verificó el bautismo de Manuel Dominguez.

Los padres de éste, modestos labradores de la villa, sintieron colmado el corazon de regocijo, el dia de su nacimiento; porque asi como el corazon con secretas y misteriosas palabras, suele anunciarnos el porvenir, así tambien aquellos esposos sentian el oculto presentimiento de que algun dia habia de dar fama á su nombre aquel cándido niño, objeto de sus esperanzas. Por esto procuraron desde su edad primera robustecer aquel alma sencilla con el influjo de la religion cristiana, que es el fundamento de las virtudes y el valor.

Durante la menor edad de Manuel, pocos acaecimientos de interés debemos referir, porque en esos años son muy escasos los sucesos notables que acontecen. Sin embargo, haremos particular mencion de su horfandad, que sobrevino cuando apenas contaba tres años, en que murió su padre á los cuarenta y cinco de su edad.

Con este motivo, D. Francisco de Paula Campos, capellan que era de las monjas de la Paz, y tio carnal de Dominguez, lo trajo á Sevilla, donde vivió á cargo de él, en union de su viuda madre.

Su educacion por consiguiente fué procurada con esmero; aprendió desde muy pequeño la instruccion primaria, y cuando tenia diez años estudiaba en la Universidad de Sevilla la segunda enseñanza.

Esta carrera que habia emprendido por la direccion del capellan su tio, quedó paralizada por la muerte de este en el año 28; pues aunque heredó de él una finca, de las cuatro que dejó el capellan, ya bullia en la imaginacion de nuestro jóven un pensamiento que en vida del tio no se

atrevia á declarar. Era la afición al toreo. Ya ardía en su pecho ese deseo que en la juventud es tan fuerte, aprovechando cuantas ocasiones encontraba para salir al campo con sus amigos y torear los becerros, recreándose incansable en el trabajo, y entusiasmándose en el peligro; ya otras veces, burlando la vigilancia del alguacil portero, entraba en el matadero y tomaba lecciones del que le parecía mas diestro.

Era también de notar que en edad tan sencilla, pues tenía trece años, reunía Domínguez una prudencia estremada; una serenidad admirable, pues no llegó á conocer el miedo; y estas circunstancias, unidas á su buen trato y á su formalidad, le hacían apreciable para todos.

Su madre, que no sentía como él, las esperanzas que presta una afición, hizo que aprendiese el oficio de sombrerero; y el hijo obedeciendo á los maternales preceptos, se resignó á cumplirlos; aunque si hemos de decir verdad, no fundaba él su porvenir en los sombreros; y mas de cuatro veces dejaba la plancha y tomaba el capote, porque decía, y con razón, que “su afición era muy viva y su oficio muy pesado.”

En este mismo año recordarán los antiguos el Real decreto de D. Fernando VII, en que mandaba se abriese en el matadero la célebre **escuela tauromáquica**, asignando sueldo á tres maestros y cuatro alumnos; que aunque sólo duró dos años escasos, produjo en la afición muy buenos resultados. El nombramiento de primer maestro recayó en el tan célebre matador Pedro Romero, retirado ya de su ejercicio por su edad de ochenta y dos años; hombre de grande inteligencia en el arte, y de un aplomo singular que no supieron imitar todos sus discípulos. A Gerónimo Cándido se le nombró segundo; que reunía á su gran experiencia su buena inteligencia y afición, contando de años, como él decía “tres duros y medio;” y de tercer

maestro á Antonio Ruiz (**el Sombrerero.**) El primero gozaba 12,000 rs. anuales, el segundo 8,000 y el tercero 6,000. Este último, por hallarse todavía en buena edad y mejor posición, y alagado por los aplausos del pueblo, que le premiaba como el mejor de los matadores que trabajaban en aquella época, solo estuvo un mes de maestro en dicha escuela, siguiendo sus trabajos en las plazas más famosas.

El sueldo de los alumnos de la escuela tauromáquica, era de 6 rs. diarios, todo lo cual y otros gastos, se pagaban perfectamente con el importe de las corridas que daba la escuela dos veces por semana á uno y dos reales por entrada.

Manuel Dominguez vió el cielo abierto para su afición, al instituirse tan buen género de enseñanza torera, y entró en clase de discípulo, como otros varios, además de los alumnos pensionados.

Aquellas eran corridas en regla, porque se gozaba y se aprendía; allí concurrían á tomar lecciones los más diestros espadas, como Francisco Montes, y entre otros muchos discípulos haremos mención de Juan Pastor, Juan Yus, notable por su ligereza, Cúchares, por su sagacidad, Antonio Monge (**el Negrito,**) célebre por sus cuarteos, Torrecillas, Majaron, Montaña (**el Fraile**) y Calzadilla (**Colilla.**)

Entre estos, Manuel Dominguez, uno de los más jóvenes, empezaba ya á lucirse con las banderillas, distinguiéndose por su aplomo y valentía en general y singularizándose en el capeo. La escuela antigua del toreo, que nosotros nos atrevemos á llamar la escuela de la verdad, estaba representada dignamente por Pedro Romero, que con tanto interés trabajaba porque la adquiriesen sus discípulos, y Dominguez ha sido el que mejor la comprendió, apdo-tándola como sistema y como deber. Allí se veía al buen maestro entusiasmado siempre, y siempre como un orácn-

lo predicando á **los muchachos** las reglas y aun-
siéndoles los peligros. Cuando se tocaba á matar el vicho,
ce colocaba Romero á espaldas del matador discípulo, y
con la voz del saber, de cuando en cuando se le oía decir:
—“Para los pies!”—“Cuando el animal rehusaba á la muer-
te mudando de lugar, decia Pedro:—“estos se matan don-
de ellos quieren morir!”—“Otras veces que el novicio es-
pada se mostraba indeciso, gritaba el maestro:—“No hay
que temerle á esos pícaros! Entrápalos... y vista...!”—“Pero
sin dejar de repetir á cada instante:—“Para los pies!”

Algo nos ha desviado esta ligera descripcion del ob-
jeto de la biografía; pero el lector conocerá la parte de
interes que tienen estos hechos, por la relacion que hay
entre ellos y el protagonista de nuestra historia.

Ya hemos dicho que dos años escasos duró la escuela
tauromáquica, de la cual salieron los mas diestros toreros
que hoy sustentan el arte. La fatal coincidencia de haber-
se instituido por disposicion del gobierno, mandando cer-
rar al mismo tiempo las Universidades, es causa de que
para algunos no sea aquel colegio taurino un buen recuer-
do; pero debemos prescindir de lo malo sin olvidar lo
bueno. Si han de jugarse toros y ha de seguir estaafico ni
á nuestros hijos, como nosotros la heredamos de nuestros
abuelos, nada mas justo y ventajoso seria para el arte, sino
que se crease la escuela en los mismos términos que ec-
sistió en aquel tiempo.

Ya sabemos que los primeros conocimientos de Do-
minguez, fueron hijos de su maestro Pedro, cuyo género
abrazó decididamente con honor, y decimos con honor,
porque para seguir aquel toreo, era preciso todo el valor
y todo el carácter que desde aquella edad se albergaban
en su pecho.

Tres eran los matadores de mas reputacion en aquel
tiempo: Antonio Ruiz (**el Sombrerero**,) valiente y en-

tendido, que se acercaba mas que los otros al género del gran Romero; Juan Leon, torero de saber y estrategia y Francisco Rodriguez (**el Pachon**,) cordobés de puños y de arrojo.

El primero de estos sacó de banderillero á Dominguez en la plaza de Sevilla, siendo secundados así los deseos del joven, por ser este segundo maestro parecido al primero. Despues trabajó al lado de Luis Rodriguez de San Bernardo, en las plazas de Zafra, Llerena, Fuente Maestre, Badajoz, el Castaño, Jabuyo, Ronquillo y Utrera, á las cuales tambien fué de matador en otras ocasiones, llevando banderilleros de su época, entre quienes se contaba á Manuel Trigo.

Prosiguiendo así con algunos adelantos en la espada, llegó el año de 1836.

Antes de seguir la narracion histórica de este período, deseamos esclarecer en honor de la verdad, cierta duda que de un modo bastante oscuro llegó á ser un susurro que no favorecia á Dominguez en la época de su marcha. Pero no tenemos necesidad de hablar mucho sobre este asunto para vindicta y convencimiento general, pues nos basta decir que los motivos de que se ausentara de Sevilla fueron únicamente los que vamos á referir; y su tardanza en volver á España, las razones que mas adelante verá muy claras el lector. La gente sabe lo mucho que habla la gente.

En dicho año de 36, le propusieron un ajuste muy ventajoso para trabajar de primera espada veinte y ocho corridas de toros que habian de lidiarse en Montevideo en el término de siete meses; hallándose capaz y aconsejado de personas inteligentes, admitió la propuesta. Reunió una lucida cuadrilla, entre quienes se hallaban: Torrecillas, Francisco Carnero y Francisco Botija, de la Isla; llevando de picadores á Carlos Puerto y Luis Luque, de Cadiz; y á favor de brisas bonancibles, salió Manuel con su gente de la

habia de Cadiz en la fragata española Eolo. Este es el mejor testimonio de la verdad, y creemos será suficiente dato para los dudosos.

Veinte años tenia Manuel Dominguez, cuando impulsado por los justos deseos de adelantar en su crédito é intereses, se decidió á surcar los terribles mares que separan á España de la república de Uruguay, cuya capital es Montevideo. Al cabo de mes y medio de una penosa navegacion, llegó la fragata al puerto de Montevideo, siendo recibida la cuadrilla torera con general entusiasmo por los aficionados, que tenian las mejores noticias del espada que la dirigia; y se afirmó mas este afecto por los naturales del pais, ante la simpática presencia de Dominguez, que á todo el mundo inspiraba bondad y nobleza de corazon.

La lidia de las veinte y ocho corridas contratadas, tuvo sus inconvenientes desde luego, porque á los cuatro meses de la llegada de Manuel, empezó á alterarse la tranquilidad del pais por una continua revolucion, haciendo tomar parte en el servicio de las armas á todos los españoles, por no estar reconocida la independendencia y no tener cónsul. El motivo que movia aquellos disturbios, era la rivalidad de poderes que existia entre D. Fructuoso Rivera y D. Manuel Oribe, que se disputaban el mando. Rivera habia sido nombrado presidente de la república el 22 de octubre de 1830; el 1.º de marzo del 35 lo fué Oribe; pero este tuvo que ceder el poder á Rivera por un convenio hecho el 24 de octubre de 38. No paró esto aquí, pues Oribe sostenido por el general Rosas, presidente de la república Argentina, capital Buenos Aires, declaró la guerra á Montevideo, invadiéndola con un ejército.

Durante los cuatro primeros años de la permanencia de Dominguez en aquel pais, solo pudo trabajar quince corridas de toros, de las veinte y ocho ajustadas; en las cuales se admiró por sus escelentes cualidades de matador,

pues allí no habian visto nunca tanta serenidad delante de una fiera, ni tanta gracia en el manejo de una capa, cuando apenas sin mover los piés burlaba al vicho de mas sentido. Sin embargo, poco le era posible adelantar en aquel estado y mas fácil seria á cualquiera olvidar lo que sabia, que aprender lo que no estudiaba.

Triste era la situacion del jóven matador durante toda aquella época; pues si bien le complacia hallar en la guerra donde por precision tomaba parte, un estímulo agradable para su génio emprendedor y valeroso, no podia olvidar con gusto que su favorita aficion estaba sepultada en el olvido. Además de las continuas refriegas y trastornos que le producía aquella desastrosa guerra de partidos, las noticias que recibia de España no le eran nada lisongeras, al saber los adelantos y fama que engrandecian á muchos de sus compañeros de escuela; y mas que todo, por la infausta nueva que recibió el año 38. Los que sabemos todo lo que vale el cariño de una madre, podremos comprender muy bien el profundo sentimiento de Manuel Dominguez, cuando supo que habia muerto la suya en dicho año; hasta entonces no sintió la ausencia de su pátria, ni caviló en la inmensa distancia que le separaba de ella. Varias veces pensó en aprontar medios para volverse á España, pero su honor estaba empeñado en la guerra del pais; tanto mas, cuanto que siendo uno de esos hombres que valen por la representacion de su honradez y por lo temible de sus armas le comprometian al riesgo de aquellas empresas militares.

Si no temiésemos ser demasiado estensos, refeririamos una por una las infinitas aventuras que le acontecieron en este lugar y mas adelante, y hablaríamos con mas franqueza de sus apreciables cualidades; pero aun no es tiempo de publicar su completa historia. La verdad es, que este es uno de aquellos hombres que no pueden pintarse con rasgos generales, cuya historia está reservada á otro siglo, en

que hayan desaparecido las pasiones del día, y no se crean apasionados á los que escriban la verdad. Contémosnos pues con escribir las principales acciones de la vida de este hombre, que se levantó como un astro para alumbrar algun día en medio de las tinieblas en que la decadencia habia sepultado el arte de los Hillos, Costillares y Romanos.

La coronacion del emperador reinante de Brasil, D. Pedro II, acaecida en el año donde llega nuestro relato, fué un motivo precioso para despertar en Dominguez nuevo entusiasmo taumático; pues las fiestas nacionales se extendieron hasta promover corridas de toros. Pasó Dominguez á Rio Janeiro, capital del imperio donde llevó parte de su misma cuadrilla y lidió cuatro famosas corridas, aplaudidas del mismo modo que las demás, por aquella poblacion y por sus príncipes.

Desde allí se embarcó para Buenos Aires, y aunque la navegacion no es larga, suele ser peligrosa en estaciones como aquella llamada del equinoccio, en que un temporal se sigue á otro temporal. A los pocos dias de salir á la mar, fué el buque abatido por furiosas borrascas, que lo descompuso é inutilizó, rifando sus velas, desarbolando sus palos y rompiendo el timon. Estas eran otras clases de corridas que se ofrecian al discípulo de Romero, tal vez para probar aun mas el temple de su alma.

Allí no habia trapo, ni burladero, ni mas amparo que el de Dios; la tripulacion del barco, desesperada; los pasajeros afligidos y encomendando su propia alma; porque ya no habia mas esperanzas que morir luchando con las mas horribles agonías. En tan supremos y terribles instantes, no se vió á Dominguez perder su ánimo ni su valor.

Él y el capitán del buque eran los únicos que despreciaban el peligro, alentando á los marineros para reparar el timon con un aparejo de horquilla, y mantener el equilibrio

achicando sin parar con la bomba el agua que hacia, para lograr, como se verificó, que cuando calmase la tempestad, pudieran aprovechar los momentos y entrar en Buenos Aires.

Su idea al visitar esta ciudad, fué el solicitar permiso para hacer una plaza de toros, en tiempo que como ya hemos dicho gobernaba el General y Presidente Rosas; y no pudiendo conseguirlo, hallándose en estado de sitio casi todas las repúblicas americanas, tuvo que dedicarse á los trabajos que allí se acostumbran, como son el bolear y enlazar las reses. Luego que lo aprendió, estuvo de enlazador y capataz de varios saladeros de aquellos países; en el de D. Simon Pereira, D. Prudencio Rosas, la Francesa, Seis valientes y de Cambaceri.

En el transcurso de este tiempo fué nombrado tambien gefe de una partida de campo para hacer presa á los indios bravos de los caballos y demas ganados para el abasto de la ciudad y equipo del ejército.

Hizo varias espediciones, internándose en terrenos indios, como son Chapaleofú y Sierra de la Ventana, en donde varias veces dió pruebas de su gran valor y pericia, batiendo con heroismo, al frente de su pequeña partida, las masas feroces de indigenas que le acometian para arrebatarle el ganado que custodiaban.

Siempre salió ileso de estos graves peligros y raras aventuras. En una ocasion que se perdió de su gente por entre los atajos de unas montañas desconocidas para él, se introdujo insensiblemente en el parage de los bárbaros, viéndose á poco rodeado de aquellas tribus espantables. Otro que no tuviera la serenidad de Dominguez, hubiera sido víctima de aquellas fieras humanas. Los miró tranquilo; observó sus vestiduras y sus gestos como el que observa unas sombras chinescas, y gracias á esta calma, que inspira la paz hasta á los animales, logró salir á salvo de ellos y encontrar á los suyos.

Los que tienen noticia de esta aventura, ven en ella un prodigioso milagro, un arcano de la providencia, porque de tal apuro no se sabe que haya escapado otro.

Así continuó hasta diez y siete años, pensando sin cesar en su afición, y sintiendo no hallar medio para realizar las ilusiones de su arte y los deseos de su esperanza.

En la primavera de 1852, se decidió por fin á volverse á España; porque habia padecido muchas desgracias y pérdidas y sinsabores privados, en aquellas tierras, y el amor de la pátria se sôbreponia á todo para que llevase á efecto su resolucion. Tambien veia cuan veloces pasaban sobre su cabeza los años y los años, y queria hallarse en el circo Sevillano antes que llegara la vejez, para tener la satisfaccion de brindar una estocada á sus amigos y paisanos, y recibir siquiera un grato saludo de ellos.

Se embarcó en la fragata Amalia en el puerto de Montevideo, y á los cuarenta y dos dias se hallaba á la vista de Cádiz.

Efectivamente, el dia 30 de Mayo, al hacer la descubierta el vigia de la torre de Tavira de Cádiz, divisó al Oeste una fragata con rumbo hácia aquel puerto, que venia á todo trapo ondeando en el pico de su cangreja mesana la bandera española. Esta era la fragata Amalia; y á medida que se iba acercando, se notaba la maniobra de arriar las álas, recoger las rastreras, y cargar los sobres y juanetes.

A poco tiempo dió fondo en la bahia aquel hermoso buque, y no tardó en separarse de él un bote, bogando hácia el muelle, donde desembarcó aquel jóven que diez y siete años antes se habia despedido allí de sus amigos, con pensamiento de volver antes del año. Ya tenemos á Dominguez en España.

Hemos de repetir, que su venida no consistia, como suele acontecer á los que vienen de América, en tener hecha ya su suerte. La fortuna de este no estaba terminada, por-

que su estrella no le habia destinado para que la ganase allí. Su objeto al buscar el suelo de su pais, era mas que todo por su aficion á torear y perfeccionarse trabajando vichos de buena casta, cosa que en América no le era dable conseguir.

El primer paso que dió poco despues de su llegada, fué dirigirse al matador que le parecia de mas mérito, pidiéndole trabajo para ir recordando la escuela de sus principios y perfeccionarse á su lado; tal era la fama que habia llegado á sus oidos en América, sobre aquel compañero suyo. Recibióle el matador de fama con frialdad muy triste, y le dijo: que por entónces no tenia nada que darle; que si algun dia podia hacer algo por él entónces veria lo que valia, y que mientras tanto por ahí habia plazas donde pudiera buscarse la vida de banderillero. Mucho sintió Dominguez esta singular acogida de un compañero. Cerró sus labios y tuvo paciencia; pero nos atrevemos á adivinar que para sus adentros dijo: “hoy sufro tus desaires con resignacion, pero algun dia me he de poner en frente de tí para que veas mejor lo que yo puedo valer.” Este, sin duda alguna, fué el primer estímulo de Dominguez en la era de sus grandes adelantos.

Pocos dias tardaren en que queriendo unos aficionados del Puerto de Santa Maria, probar lo que recordaba Manuel de su antigua escuela, prepararon en una posesion de campo un corral, en el cual lo encerraron hechándole un toro de seis yerbas.

Esta prueba es uno de los hechos mas notables de la vida de este torero, porque despues de diez y siete años en que apenas habia toreado, se admiraron los concurrentes al verle capear como no habian visto á ninguno en desenvoltura y gallardia, poseyendo todos los recursos necesarios sin salir de su terreno, impávido siempre delante de la fiera, hasta rendirla y pedir otra. Los que esto presenciaban se dieron por satisfechos, y las noticias de su bizzarria se

publicaron por todas partes, de modo, que no se oia hablar mas que de **el Americano** como entónces le decian, siendo muy español en cuerpo y en alma.

En Sevilla se supo al instante este suceso y lo sacaron en seguida de espada, alternando con Antonio Conde. En esta primera corrida se notaron desde luego muy buenas disposiciones en el nuevo matador Dominguez, por los recuerdos que mostraba de una ciencia antigua, de una escuela que habia formado sus principios, aunque en sus movimientos estaba algo tardo, ya fuera por la falta de uso, ya por la costumbre que en diez y siete años habia adquirido de montar á caballo. Sin embargo, capeó con donaire al natural, puso banderillas de frente, y en la muerte dió un pase de pecho tan ceñido como no se habia visto desde sus maestros. Los aplausos de la multitud resonaron, que son el estímulo de los génius, y suscitaron en él una animacion feliz y necesaria para adelantar; asies que á poco tiempo, en la corrida que trabajó en el Puerto con el Salamancaquino, marcaba ya muy bien las estocadas, desarrollando desde entónces ese maravilloso valor que todo el mundo ha admirado. Volvió á lidiar en Sevilla otra corrida con Conde, gustando mas, y despues, otra en Cadiz con el Tato.

Al siguiente año de 53, alternó con Casas (**el Salamancaquino**) en Sevilla, empezando ya á hacerse notable en los volapiés, por el que dió al primer toro, desafiando siempre y plantando buenas estocadas recibiendo, como la que dió al toro quinto; y en el mismo mató con el Yiyi en plaza partida.

Fué al Puerto de Santa Maria y el dia 45 de agosto recibió allí una herida en el muslo derecho al recibir.

Volvió á Sevilla, y teniendo contratada una corrida en Jerez y despues otra en Sevilla, le instaron los empresarios de esta para que no marchase á Jerez, por el mal estado de su herida, haciéndole presente el facultativo que no res-

pondia de la gravedad, y todas las cosas que se dicen para conseguir un objeto; pero él les contestó que no faltaria quien le curase, y así como seria bueno para cumplir sus compromisos de Sevilla, debia serlo tambien para no faltar á los demas; marchando alli sin tener que lamentar consecuencias.

A poco en Sevilla con Lucas, se lució en un mete y saca final, muy diferente á los que usó al principio, y en su valentia en los quites de caballos, cuarteando ceñido como ninguno y capeando lo mismo.

La corrida del 25 de setiembre de dicho año fué memorable para los aficionados, por los ocho bravos toros de Saavedra que se lidiaron, y porque habiendo sido herido el desgraciado Lucas en la muerte del primer toro, mató Dominguez los seis siguientes de dos estocadas recibiendo y cuatro magníficos volapiés, usando los descabellos en el sexto y sétimo toro con mucho acierto.

Tambien como cosa célebre, haremos mencion del sobervio cambio de muleta que tuvo que dar en la muerte del segundo vicho, de un modo tan justo, tan sereno y pocas veces visto, pues al darle un pase al natural se vino la fiera al bulto, y en ese momento tan rápido salvó la vida, cambiando la muleta sin moverse y pasándolo de pecho. Digna es tambien de consignar la accion del famoso quite de caballo del cuarto toro, en que habiéndosele safado el capote á Manuel, llamando al toro que habia derribado y herido **al Coriano**, no le quedó otro medio que interponerse entre el picador caido y el toro; abrazarse á su cabeza y aguantar así los temporales que le tiró, mientras socorrian **al Coriano** y lo llevaban á la enfermeria. Desde este dia el entusiasmo del público creó la justa fama de Dominguez, por su abnegacion y su inteligencia. Hasta entónces se habia creido que las suertes y estocadas de este lidiador, eran hijas de una casualidad, pues no se

comprendia la velocidad de sus adelantos; pero los que le negaban la inteligencia y la maestria, tuvieron ocasion de salir de aquel error.

En el mes de octubre trabajó en Aranjuez con desgracia, pero á poco marchó á Madrid, porque decia se le habia perdido en Aranjuez la montera y era preciso recuperarla. Julian Casas y Cayetano Sanz le acompañaron en la corrida de Madrid, y entre los periódicos de la corte, que hablaron sobre ella, vamos á copiar algunos párrafos:

EL DIARIO ESPAÑOL dijo: “Ayer tuvo lugar la corrida anunciada para el beneficio de los establecimientos de beneficencia. En ella se presentó por primera vez al público, el espada Manuel Dominguez, el cual mató dos toros en toda regla, siendo muy aplaudido por la numerosa concurrencia que llenaba todas las localidades de la plaza.”

Uno de los párrafos de LA NACION, era: “El primer toro que le cedió Julian Casas á Dominguez, lo despachó de una estocada muy buena. Este diestro tiene mucho arrojo y una serenidad admirable, recibiendo los toros como pocas veces está acostumbrado el público á presenciar.”

EL MENSAGERO, decia entre otras cosas: “El primer toro que mató Dominguez, quedó seco de una magnífica estocada; y el segundo, de una corta y otra buena, las tres recibiendo. El triunfo quedó por el espada nuevo que compartió con Lavi los aplausos del público.”

Y por fin, en LA EPOCA leímos la octava siguiente:

AL CELEBRE Y NUNCA BIEN PONDERADO

MANUEL DOMINGUEZ.

Recorriste la bella Andalucía,
entre flores y glorias singulares,
entre aplausos y lauros á millares,

que solo Montes consiguiera un dia. En cambio, junto al bello Manzanares vences á tus rivales á porfia; siendo tú sucesor ¡oh! gran torero, de Montes, de Guillen y el Chiclanero.

Hablar de todos los lances y corridas, nos parece demasiado largo, y así nos reduciremos á las cosas mas notables, como hemos hecho hasta aquí, que interpreten de un modo claro y justiciero la buena reputacion de Dominguez. Tampoco es de nuestro deber traer á colacion el espíritu de partidos que luchaban á porfia en esta y demas épocas, porque nos parece indigno de historiadores hacer relacion de las opiniones ó capricho de cada cual que se precie de inteligente en la materia. Dominguez con todos los compañeros que ha trabajado, ha sido modesto y no orgulloso, sin que jamas su labio se haya desplegado para menoscabar la fama de ningun torero, ni formar intrigas indignas, con que otros necios han dado lugar á desgracias y resultados mas funestos entre los aficionados. Todo hombre que desea poseer la perfeccion de un arte y es pundonoroso, se esfuerza por aprender y por lucir en ciertas ocasiones; esto es muy justo, y ese honroso celo es el que ha acompañado siempre á Dominguez: no por degradar á otro, sino por colocarse él en su lugar. Por eso le hemos visto observar con grande interes todas las suertes que al principio le eran desconocidas y salir imitándolas al momento, por dificiles que fueran, cosa que ha llamado la atencion por la prontitud con que las comprendia y ejecutaba, y ha hecho decir á mas de cuatro, con razon, que “las mejores suertes que ejecuta Dominguez, no ha podido imitarlas ninguno; y él ha hecho todas cuantas ha visto.” El corazon, á nuestro modo de ver es el “conque” de la dificultad.

El año en que se verificó la subida de Dominguez al apogeo, llamado por algunos la resurreccion del arte, fué el 54; si bien tuvo la desgracia de ser herido en el primer toro en la cadera derecha, matando con Lucas el 17 de Abril. Para el dia 23 del mismo se anunciaba otra corrida en que debia matar él, y diciéndose de público, no se hallaba capaz de ir á la plaza, se llenó, el dia de la funcion, la calle de la Laguna donde vivia, deseoso de saber el público si mataria ó no. El empresario de la plaza le suplicó se asomase al balcon, porque la entrada era muy endeble á causa de aquella incertidumbre. Asomose en efecto, entre los saludos de la multitud manifestando que iba á la plaza y llenose esta como por encanto.

Despues de lidiar entre otras varias que no son de interés el referir, la de beneficencia con Cúchares y Lucas, y otra en Cadiz con Gil, lidió dos en el Puerto con Cúchares, luciéndose mas que todos en su capeo, volapiés y recibiendo, y captándose una ovacion brillante y general; en la cual le dedicaron la siguiente composicion:

AL BRAVO Y DIESTRO LIDIADOR

MANUEL DOMINGUEZ.

CANCION.

Perdido estaba el arte
en que tanto brillaban
los Cándidos, Paquiros y Romeros,
y ya en ninguna parte
lidiadores se hallaban
que imitasen en nada á esos toreros;
qué, á los golpes certeros

de su feroz guadaña,
la Parca foragida
arrebató la vida
al sin par Chiclanero, flor de España:
ay! todos lo lloraron,
pues con Redondo el arte sepultaron.

Pero el destino fijo
reservado tenia
quien de su triste estado se conduela.
A tí, que eras su hijo
y educádote habia
en los principios de su buena escuela;
y entusiasmado vuelas,
despreciando el reposo
de tu tranquilo estado,
por su amor impulsado,
añadir con aliento valeroso
para eterna memoria,
página ilustre en la torera historia.

Sin que nada resista
á tu ánimo valiente
de improviso apareces en la arena,
brillando á nuestra vista
como el sol en Oriente,
cual la luna en la noche mas serena,
y el público se llena
de una alegre esperanza,
pues advierte en tu frente
al génio refulgente
que se opone á este mal en su balanza.
Y así con tu venida
das al toreo animacion y vida.

Que eres otro Paquiro en los cuarteos
recibiendo un Romero,

en volapiés cual otro Costillares:
cual ninguno en capeos,
con la espada certero,
poseyendo recursos á millares:
valiente en los azares
de la tauroma lidia;
laborioso atrevido,
y de todos querido,
vas á despecho de la torpe envidia
y de los grandes hombres al ejemplo
de la inmortalidad al alto templo.

Ese es tu mundo; tu feliz morada,
centro de gloria, deliciosa vida
en torno circuida
de armónicos cantares;
luz en la luz del Hacedor bañada,
espíritu que lleva
y en los espacios al mortal entrega
laureles y coronas á millares...
Salud, salud, que mi humildosa lira
con tu gloria arrobada
se siente desmayada
y mi voz en mis labios triste espira.

Sus numerosos admiradores.

Y en la carta del Fray Gerundio de Cadiz en que hacia la reseña de una corrida lidiada entre Curro, el Salamancaquino y Carmona, decia como introduccion refiriéndose á las dos anteriores corridas del Puerto, esta, entre otras octavas libres:

“En la lidia segunda mas felices
estuvieron los diestros aplaudidos;
perfectamente trabajó Dominguez,

dejando su estandarte en medio el circo, sin temor que ninguno se lo quite y en su centro flamígero esculpido;
Si murieron Paquiros y Delgados, Manuel Dominguez heredó sus manos.“

Para no repetir las mismas suertes, diremos que en el año de 55 trabajó en Sevilla la primera temporada con el Tato, y despues con este y Gil. Sus adelantos siguieron igual senda.

Fué á Córdoba por segunda vez, y despues á Francia, donde toreó en presencia de los emperadores, luciéndose con generales simpatias, apesar de que al dar un pase de pecho fué herido en la parte derecha del vientre bajo, y tuvo que despedir á su cuadrilla para que marchase á Barcelona y cumpliese allí la corrida que tenia contratada; sin perjuicio de que en caso de poder, iria él tambien para que no tuvieran que perjudicarse los empresarios, como efectivamente sucedió, pues á los siete dias de su herida en Francia, mató en Barcelona, en el estado de padecimiento que era consiguiente, no dejando nada que desear.

Pasó tambien á Lisboa, y trabajó cuatro capeadas ó llámense corridas de capeo, como allí se acostumbran: donde apuró todas las suertes de su lucido capote; tiró hermosas navarras, verónicas, galleos á puerta de chiquero, y cuatro lances al natural con la rodilla incada. Además puso moñas á los toros, recibiendo, llevándolas para el efecto en la punta de una espada de madera.

Recibió obsequios y fué victoreado por aquel público, dejando muy buenos recuerdos en Portugal el arte del torero andaluz, sus modales distinguidos y afables, y su arrogante figura.

El año de 56 no fué menos interesante en novedades tauromacas por lo que pertenece á Dominguez. La venida á

Sevilla del Rey viudo de Portugal, en tiempo de la feria, nos proporcionó la ocasion de ver á Manuel enlazar toros; arte que aprendió en América, como ya digimos, y cuya operacion vamos á pintar ligeramente.

En la tarde señalada para el enlace, un gentio inmenso ocupaba las hermosas llanuras de Tablada, con el deseo de presenciar aquel espectáculo inusitado, pues aunque Dominguez habia boleado y enlazado ya en varias ocasiones, no se habia hecho tan público como esta vez. Todo lo mas selecto de la capital asistia á la fiesta; multitud de coches ostentaban las mas hermosas hijas del Bétis, y los mas apuestos ginetes cabalgaban en briosos caballos. La gente aguardaba con impaciencia el deseado momento, y las miradas de todos se fijaban en el camino de las Delicias. Por fin se apercibieron los coches de SS. AA. RR. los Serenísimos señores Infantes Duques de Montpensier, y al lado del primero, sobre un airoso caballo castaño, marchaba Manuel Dominguez, ricamente vestido á la andaluza.

Llegó la cabalgata al punto designado y todos los carruajes formaron un grupo, destacando á la cabeza de ellos el de los Infantes. Hicieron la señal estos señores y Dominguez marchó al ruedo de ganado que custodiaba á la sazón el entendido Jacinto Martinez y sus ayudantes. Comunicoles aquel la señal, y un bravo toro fué acosado en el momento, que siguió Dominguez á la carrera.

El vicho tomó direccion hácia los coches; y cuando apenas le quedaba quince pasos para llegar á ellos y el terror general habia levantado un asustado murmullo, gritó Dominguez con su cuerda en la mano: “No hay que temer! que no llegará.” En aquel instante arrojó su certero lazo á la cabeza del bruto, revolvió su caballo con empuje hácia el lado opuesto, y el toro cayó con un furioso vuelco.

Los aplausos fueron estrepitosos, y unánime el entusiasmo. A este siguió otro enlace del mismo género, y un mag-

nífico regalo de la régia familia, enviado á Dominguez, recompensó su difícil y acertada egecucion.

En esta temporada alternó Dominguez con Manuel Arjona Guillen, y despues con este y Carmona el mayor, esmerándose como siempre en desafiar y recibir, ó poniendo en caso necesario los sendos volapiés de su uso; esto es, llegando con la mano hasta los rubios y bañándala en la sangre del toro.

Ne por eso diremos que este diestro haya estado siempre tan feliz, que se le hayan proporcionado en todas las corridas ocasiones de matar del mismo modo. Sería el primero y quizás el único que no sufriera las desgracias que son tan frecuentes en la lidia; pues no todos los animales tienen la misma condicion, ni todos, tampoco, se pueden matar de una estocada lucida. Pero siempre ha citado y á los toros boyantes los ha recibido, sin rehuir jamás los lances por el temor de la exposicion. Hay quien dice que ese toreo parado y corto, de legítima escuela, es muy espuesto; pero un matador que puede hacer su fortuna en un año, no debe cuidarse tanto del peligro, ó cuando mas, no debe reducirse á hacer siempre lo mismo, hallándose siempre á igual altura.

Unos aseguran que las cogidas que ha sufrido Manuel Dominguez, son por falta de piés; y otros opinan que son efecto de su valor al citar en la cabeza del toro; no es en la muerte donde hace falta correr, ni es Dominguez tan pesado como algunos piensan: hechemos una ojeada á los hechos de los maestros del arte, y veremos que todos han recibido y ha ceñido sus muletas al costado derccho, llevando su honra en sus heridas, como el militar la lleva en las cicatrices de las suyas; porque el que no se acerca no se mancha. Además, que los animalitos en cuestion mojan de cerca y de lejos.

En la temporada de que hablabamos, se distinguió Dominguez capeando, é incándose de rodilla con Manolo delante del toro; llegando su asombroso estímulo hasta poner su

montera en un asta del fiero, estando de rodillas todavía, y rascar despues al toro en la frente, tan pacífico como si le hubiera magnetizado.

A estos sucesos hubo quien llamase **competencia**, y nosotros creemos un deber el decir, que las competencias entre las castas de toros, entre los gallos, ó entre un toro y un tigre, las hayamos muy propias; pero entre dos ó mas buenos espadas, es una voz que sale de los partidos y no de los toreros, eso se queda bueno para los animales, pero no para los hombres, que no tienen necesidad de competir para cumplir con su honor, con sus obligaciones y con la carrera de sus adelantos.

Muy afortunado empezó para Dominguez el año 57, luciéndose en la corrida del 20 de Abril, que se le nombró del agua, por la mucha que caía del cielo aquella tarde. Con Cúchares y el Tato, mató dos toros, de un gran volapié por todo lo alto y una sublime recibiendo, en los rubios. El otro toro que le tocaba, que era el octavo, no se lo permitieron matar, porque era muy tarde y no habia parado de llover en toda la corrida; recibiendo él solo los honores de un bolsillo de SS. AA.

Vamos á ocuparnos de la que lidió con el Tato el 4.º de Junio en el Puerto de Santa María. De la casta de Concha y Sierra salió el primero, de color barroso, de muchas libras artillado del cuerno izquierdo; se llamaba **Barrabás**, y como tal se portó. Fué blando y receloso á la pica; tomó trece puyas, mató un jamelgo, hirió otro y le hizo á Charpa medir el suelo con las costillas. Paquilillo y Chauchau, le pusieron dos pares de banderillas á la media vuelta, porque no acudia **Barrabás** á los cites. Hizose el vicho de condicion, y Dominguez lo pasó dos veces, escupiéndosele el toro y yéndose á las tablas del lado opuesto. Allí lo paró otra vez y armándose para la muerte le dió un volapié que fué muy trasero; enganchándolo el toro por debajo del brazo de-

recho, y al sacudirlo en el derrote, lo enganchó por debajo de la mandíbula derecha, internando la punta del cuerno hasta clavársele en el cielo de la boca; y al volverlo á sacudir contra el suelo le salió el ojo derecho de la órbita. Conternado el público al verle el ojo saltado, pendiente de la retina, prorrumpió en un grito de amargura; y él mas sereno de lo que era de esperar, levantose por sus piés, miró su ojo suspendiéndolo en la mano, y se fué á apoyar sobre la barreira; porque es de advertir que la puerta por donde habia de salir para la enfermeria, estaba ocupada por el toro; y se pasaron así siete minutos, mientras se desangraba el desgraciado Manuel. Por fin salió; le introdugeron el ojo en su sitio y le llevaron á su posada, donde á poco se hallaban reunidos varios de los mejores médicos del colegio de Cádiz.

Inmediatamente se procedió á una operacion tan difícil como dolorosa, para contener la hemorragia, especialmente por la herida de la garganta, que era peligrosísima. Dominguez sufrió aquella cura con un valor sobrenatural; pues los facultativos, acostumbrados á operar pacientes, de mas ó menos sufrimiento, se admiraron al no oírle pronunciar un solo ay.

Un sacerdote que fué á auxiliarle, creyéndose como positivo que no sobrevivía encargó á Manuel Rodriguez Chau-chau, uno de sus banderilleros que le habia acompañado, hiciese presente á Dominguez que practicase sus disposiciones testamentarias; á lo que contestó el enfermo; “dile que aun no es tiempo. Y cuando vió entrar á Ceferino y Paquillillo, sus banderilleros tambien, que le miraban con el dolor de perderle, les dijo conociendo sus sentimientos: “limpien ustedes esas espadas, que aun no está consumada mi obra..”

Toda aquella noche, despues de provocar una gran cantidad de sangre tragada, estuvo conteniéndose el flujo de sangre, sugetando los tapones de hilas de las narices y del cielo de la boca; y en gran parte, porque mas no se puede decir

debió su curá á su propia cooperacion en sugetar el flujo; y á su facultativo de cabecera D. Francisco Acosta.

En todas partes y mas en Sevilla, se recibió esta noticia, como recibe una familia la de la muerte de un hermano. Los pasajeros del vapor y los postillones de los correos daban muy pocas esperanzas de su vida; y el mas triste luto cubrió los corazones de los aficionados. Poco á poco se fueron recibiendo nuevas mas gratas de su alivio; y cuando este fué completo y se le esperaba en breve, pocos eran los medios que se discurrían por la Ciudad, para celebrar su venida. Se proyectó recibirle á su llegada con bandas de músicas y otros mil preparativos solemnes; tal era la simpatía de que gozaba, rayando en delirio, como se deja ver en ocasiones como esa, pero usando Dominguez de su acostumbrada modestia, sin avisar el dia de su regreso, y en la época que se verificó, tan entristecida por el reciente fusilamiento de los 24, pudo conseguir que no se llevasen á cabo los proyectados festejos. Sin embargo, sea porque alguno supo su vuelta, la tarde que venia en el vapor, ya la gente corría la voz y se dirigian al muelle, ocupando todo el paseo inmediato y las orillas del rio. Entre tanto Manuel habia desembarcado en Tablada, por el indicado instinto de modestia, y era estrechado en los brazos de sus amigos, allí hubo expansiones, y lágrimas de dolor y de alegría porque si bien le abrazaban vivo, miraban su rostro algo descompuesto por las cicatrices, y habia perdido el ojo derecho.

Muchos creimos que se retiraria del tereo, porque se hallaba privado de la parte mas esencial; sin embargo de esto persistió, y como si nada le hubiera sucedido y la costumbre de mirar con un solo ojo le fuera ya adquirida por muchos años, marchó á Málaga á cumplir uno de sus compromisos, pidiendo que fueran los toros de Concha y Sierra, hermanos del que le habia herido, y á los cincuenta y tres días de su cogida se hallaba toreando en la plaza de aque-

lla ciudad, con la misma ropa que lo hizo en el Puerto; y apesar de su afeccion y de tener el otro ojo deslumbrado y enrojecido por la luz tan fuerte que escitaba su estado débil, mató á estocada por toro, cumpliendo despues sus contratos en las plazas de Alicante, Granada y Sevilla. En esta última se portó admirablemente, conviniendo todos en que nada se habian perjudicado sus disposiciones taurómacas, pues cada vez ha puesto mejor las estocadas y ha capeado con el mismo aplomo y aun mas maestria.

He aquí unos versos que le escribieron cuando le vieron torear entónces, y que copiamos porque son de los mejores que se han compuesto con este objeto;

Al célebre y bravo lidiador

MANUEL DOMINGUEZ.

Hay un torero cuyo insigne nombre
se estiende hasta el confin del pueblo hispano,
y cuya fama y mágico renombre,
es orgullo del pueblo sevillano.

Torero que en las lides mas crueles
brilla por su sereno corazon,
y do quier coje aplausos y laureles,
y do quier deja eterno pabellon.

Diestro que se presenta en el combate
retratada en su faz quietud y calma,
y desprecia del bruto el fiero embate,
tranquilo el corazon, serena el alma.

Ese es Dominguez, si, ¿quién podria
osado disputarle su corona,
cuando ya nos mostró en cercano dia
ese valor que el corazon abona?

Bravo adalid, que en la pelea sangrienta

sufrió en reciente día golpe asáz,
y otra vez en la arena se presenta,
y el circo pisa con serena faz.

En vano yo sus glorias cantar quiero
cuando la fama ya las pregonó,
y al arrojado diestro, al gran torero
con laureles de gloria coronó.

¿Quién se presenta ante el cornudo fiero
con el valor con que se ostenta él?
sucesor de las glorias de Romero
su frente ciñe el inmortal laurel.

Delante va de la torera grey
denodado y valiente campeon,
y en el arte taurómaco es el Rey
con indéble y eternal blason.

Esa serenidad, esa maestria
que bravo ostenta ante la altiva fiera;
su escuela inimitable y bizarria
cuando al cornudo en el terreno espéra;

Que ya no muere nunca su memoria,
y para que tal prez á España asombre
inscribirá en sus páginas la historia
con letras de oro su preclaro nombre.

Y sus hechos sin fin y grande hazaña
y su heróico valor que nada humilla,
serán por siempre admiracion de España,
cual lo son de los hijos de Sevilla.

Que vuelve á la pelea convaleciente
con el fiero cornúpeto á luchar,
cuando aun de sus heridas se reciente,
cuando aun le acosa despiadado el mal.

Denodado preséntase en la arena
que fué la cuna de sus mil victorias,
y su nombre en el circo otra vez suena

y un pueblo acude á presenciar sus glorias.

Ese pueblo frenético le aclama,
que de los diestros el primero es:
y aun añade un florón mas á su fama,
y arroja mil coronas á sus pies.

Que al mirar tal denuedo y bizzarria,
y al contemplar tan sin igual valor,
entusiastas aplausos á porfia
saludan al gallardo matador.

Por eso vuela por do quier su nombre,
y vuela hasta el confín del pueblo hispano,
y por eso su fama y su renombre
es orgullo del pueblo sevillano.

J. G. ESPEJO.

Llegamos al año de 58 en que escribimos, y por lo reciente que están los sucesos, no debiéramos repetir lo que se sabe; pero es muy justo consignar varias de las acciones, para que no se borren de la memoria de los aficionados. Recordaremos, pues, entre otras muchas cosas de este año, el círculo que hizo en la arena con su espada despues de pasar al toro, citándolo en seguida y quedando en el mismo sitio con el animal muerto á sus piés de una sobervia recibiendo. Referiremos tambien la misma estocada que dió á otro toro aculado en las tablas, recibéndolo del mismo modo; y las **cuatro navarras** sin perder terreno, que tiró en la misma corrida despues de haberlo capeado al natural y por detrás. Las crónicas taurómacas dicen que el que mas navarras ha tirado así llegó á tres. Cuando tal hizo, mandó la presidencia que tocase la banda de música hasta la salida del toro siguiente.

En Barcelona lidió dos corridas con igual aplauso y en el Puerto tres; dos con el Tato y una con Nili, siendo esta una de las mas notables que figurarán en primera línea entre los

fastos del toreo. En el mismo lugar donde fué herido el año anterior; se vió como nunca bravo citar á la fiera, pero felizmente no suceder como el otro año, sino dar excelentes estocadas. Con mucha oportunidad el suplemento al **Constitucional** de Cádiz traía entre otras la siguiente décima andaluza:

Dominguez con su maestria
es el torero que hay
desde Sevilla hasta Cai
en toda la Andalucía.
Se crece mas cada dia
despues que le falta un ojo;
y si se quedára cojo,
lo que la Virgen no quiera,
el buscaria la manera
de mostrar su grande arrojó.

En Valencia ha matado despues dos corridas con Cayetano Sanz, lo mismo que las anteriores; siendo justo de elogio el sobervio quite de caballo que de tan ceñido fué un quiebro, y rendido el toro le puso el pie sobre el asta, mientras socorrian al picador que estaba en peligro.

La corrida que estaba anunciada en Madrid se tuvo que suspender por la atencion que llamó en Valencia, á donde fueron los aficionados de la corte, á la manera que se suspendió la del Puerto, cuando fué á matar á Algeciras.

Las noticias de sus triunfos en estas plazas, han sido en Sevilla acogidas con admiracion, pues no faltaba quien creyera que iba á decaer su fama; pero esta se ha afirmado de un modo imperecedero en la corrida que despues ha trabajado en esta, poniendo tres inmejorables estocadas en tres toros: la primera á volapié, la segunda mete y saca y la tercera recibiendo en los medios; llamadas por los peritos las tres estocadas modelos.

Hemos terminado la serie sucesiva de los trabajos del in-

signe matador Manuel Dominguez; la pluma de biógrafos no nos permite dar un solo aplauso por nuestra parte; pero si podemos hacer aqui duradero el eco de los aplausos del público, y esponer el pensamiento de que un hombre de su crédito y acciones no puede decaer nunca, ni debe tener enemigos; y dado caso de que alguna vez estuviera torpe, sus hechos pasados merecen la consideracion y el respeto de todos los aficionados.

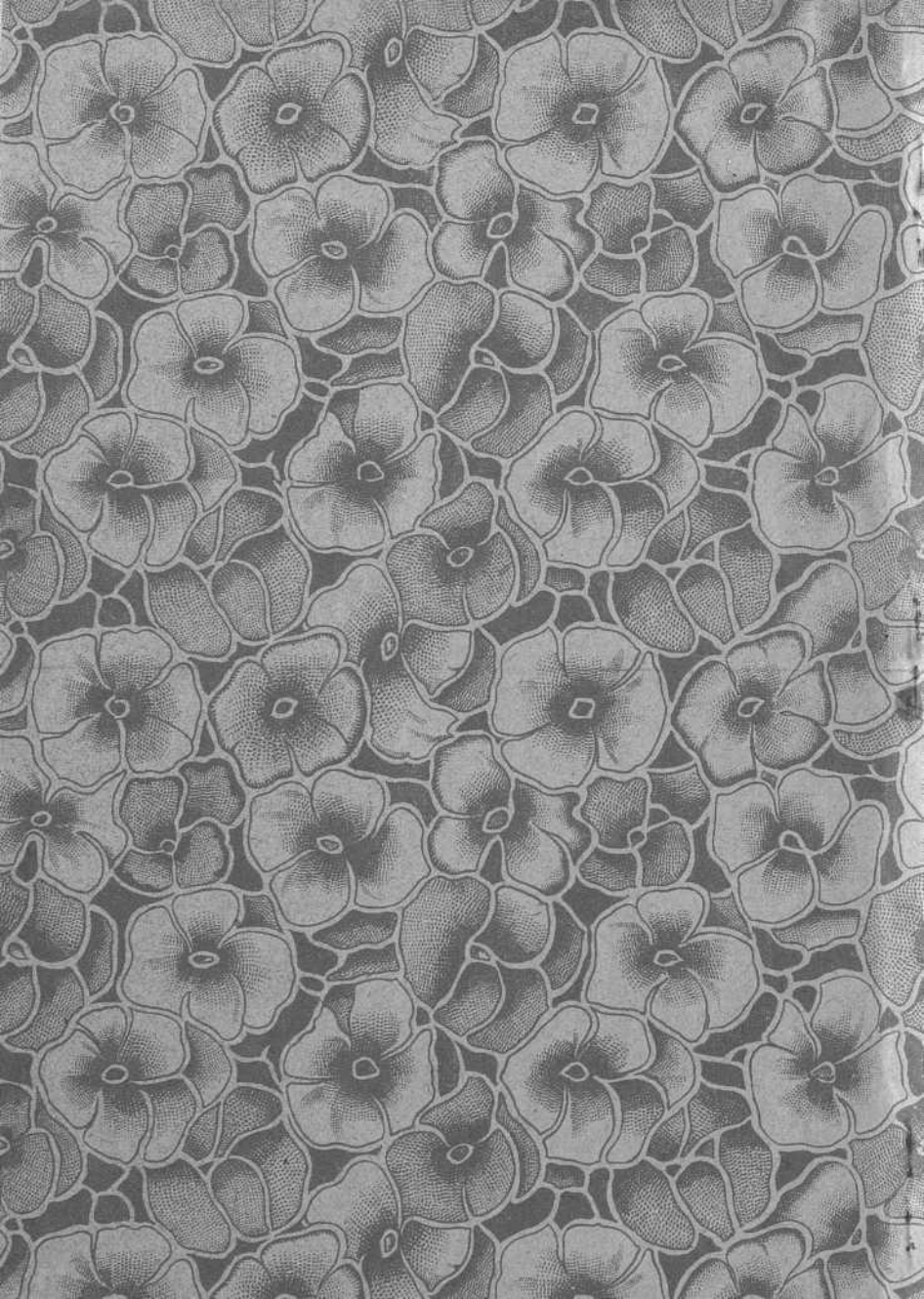
Si en otra ocasion hemos dicho que la animacion del toreo le debe su vida á Dominguez, podemos asegurarlo mejor con la comparacion del precio en que se subastaba la plaza de toros cuando vino y el que ha tornado hoy en el doble.

Réstanos decir para conclusion, que las cualidades particulares de Dominguez son las de un honrado vecino y un buen padre. Los que le han visto en las plazas, conocen su carácter pundonoroso y su finura.

Viva tranquilo y persistente en sus ideas, ya que la naturaleza le ha concedido tan envidiables dones.

—
Sevilla 22 de Setiembre de 1858.

Rafael Gonzalez.



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. 38 | Precio de la obra.....

Estante . 1 | Precio de adquisición..

Tabla... 2 | Valoración actual.....

Número de tomos.

3

